

LA ESTANTERÍA DE LOS LIBROS
INDULTADOS.

Seudónimo: Valle Ancho

Una tenue luz entra entre las lamas de la persiana. Hace un rato que me he desvelado. Alargo lo más posible la pugna entre el calor de la cama y el desasosiego de mi cuerpo doliente, hasta que la claridad me indica que ya ha amanecido y vencido por el dolor de mis huesos me decido a levantarme. Mis caderas denotan los años de denodada actividad y ahora me someten a un tormento diario matutino. Una vez que me pongo en movimiento todo vuelve a la normalidad. Dicen que a los ancianos nos gusta el lecho, no es verdad, es a los pobres a los que nos agrada, pues es el lugar más cálido de la casa. El colchón es alto y solo tengo que sentarme para poner los pies en el suelo. Me calzo las zapatillas y voy renqueante a la cocina donde me preparo un café con leche con unas galletas. No tarda mucho en llegar Regina y me pilla desayunando.

—¿Por qué se levanta usted tan pronto? ¿No puede quedarse en la cama hasta que llegue yo, como hace su mujer?

Es agotador explicarle todos los días que mi cuerpo no aguanta más acostado, así que opto por ser hosco.

—Me levanto cuando me da la gana, estoy en mi casa.

—¡Vaya, hoy se ha levantado enfurruñado el señor! ¡Si se lo digo por su bien! Le puedo preparar yo el desayuno como a su señora, le ayudaría a levantarse y a asearse.

—No necesito ayuda —contesto malhumorado.

La culpa la tiene mi esposa, Amparo, que solicitó a los servicios sociales una ayuda y nos pusieron a esta mujer. No tengo nada contra ella, es más tengo que decir que es una persona amable y cariñosa, pero me fastidia que me hayan quitado independencia y autonomía. A Amparo le ayudaba yo y nos arreglábamos bien, pero ellos dicen que no, que es muy necesaria la asistencia de Regina y me tengo que aguantar. La verdad es que, aunque me haga el duro, es de agradecer.

—Ya sabe usted que todo es negociable menos la ducha.

—¡Puff! —refunfucho. Y es que tengo que reconocer que el frío me encoge el alma y el cuerpo, y me cuesta mucho ponerme debajo del chorro del agua.

Lo primero que hace Regina es atenderme, así me puedo marchar. A primera hora tomo un café con Carlos. La mayoría de los días me invita. Tenemos una especie de pacto y siempre empleamos el mismo procedimiento. Yo me hago el enconadizo y él me suplica con cariño:

—Tomate un cafetín conmigo, por los viejos tiempos, por favor.

Sé que lo hace para evitarme el sonrojo de un perpetuo convite, como si el favor de la compañía se lo hiciera yo. Entonces, conociendo mi estrechez financiera me invita.

Una vez que he tomado café decido lo que voy a hacer a continuación. En verano paseo y en invierno me refugio en la biblioteca o en la iglesia. Quizás se pueda dudar de lo que hago en el templo si no soy creyente o quizás sea más religioso de lo que en realidad yo mismo creo. Me parece que es más bien una cuestión de temperatura, de frío, o mejor dicho de calor; el que hace en la biblioteca o en la parroquia. Los pobres somos creyentes o ilustrados según la temperatura del local. La biblioteca tiene la ventaja de poder leer el periódico, aunque cada vez me importa menos el mundo. Cuando uno tiene que buscarse la vida todos los días, los diarios ayudan muy poco. En la biblioteca o en la iglesia, al lado de la rejilla del aire de la calefacción, mis pensamientos van y vienen erráticos. A veces pienso que somos títeres de Dios, que en algunas ocasiones juega con nosotros y en otras nos olvida en el baúl de los juguetes rotos. Todo cambia y desde la pandemia, la biblioteca ya no es tan acogedora. Sus ventanas abiertas de par en par para crear una corriente de aire liberadora del virus me molestan sobremanera y cada vez me parece menos protectora. No sé qué es mejor, morir por el maldito bicho o directamente por una neumonía. No obstante, soy un animal de costumbres y no me decido a abandonar su visita, aunque la voy acortando. Antes, acudía al Centro de Salud donde el calor siempre está asegurado, pero ahora se ha convertido en un lugar desabrido y peligroso que no me da ninguna confianza.

Pasado el mediodía voy a casa a buscar a Amparo y juntos nos encaminamos hacia la asociación de asistencia a los más necesitados en la que nos dan de comer. Allí nos conocemos casi todos. Jesús, Julián, Carmen y Alí comen con nosotros. Cada vez hay más gente. Las pensiones han bajado mucho y los parados han aumentado a niveles inauditos durante la pandemia. El estado está casi en quiebra con tanto gasto sanitario y tantas ayudas. La clase media va disminuyendo de forma paulatina convirtiéndose en una clase de desfavorecidos que engorda poco a poco perdiendo su impronta de clase, sin aceptar la nueva condición a la que desgraciadamente pertenecemos. Los pobres de siempre nos miran como unos advenedizos, intrusos con los que competir por un plato de lentejas.

A Julián le gusta que nuestra mesa esté en un rincón discreto, lejos de la puerta. Siente vergüenza y no le agrada que le vean. Vive solo y ya se le ha acabado el subsidio del paro. Jesús está jubilado y Alí es un joven marroquí que vino buscando una vida mejor. Lo hemos adoptado entre todos. No tenemos dinero para darle, pero sí consejos,

que nunca se sabe si sirven. También le damos cariño y él lo agradece con esa media lengua de trapo que tiene.

—¿Te acuerdas cómo te conocimos? —le pregunto a Carmen—. Yo me acuerdo como fuera ayer.

—Lo recuerdo perfectamente —me contesta.

Ignoro su respuesta y sigo como si no la hubiera oído.

—Amparo y yo pasábamos cerca de la iglesia, pensamos que había un funeral, pues metían un ataúd seguido por cuatro personas entre las que iba una mujer vestida de negro. Nos llamó la atención su entereza. Caminaba derecha, rígida, con pasos lentos pero firmes.

Nos hemos sentado a la mesa después de coger nuestros platos. Hoy tenemos cocido montañés y un filete de lomo. Es de mi gusto, no me puedo quejar, aunque prefiero el pescado, la carne se me mete entre los dientes y es difícil solucionarlo. Amparo se inclina por la carne, pues necesita las gafas para ver las espinas y aun así siempre pilla alguna. En realidad solo come pollo, que es lo más blandito, y poca cantidad. No sé cómo se mantiene viva comiendo tan poco, debe ser porque está muy delgada y eso es bueno para la salud. Mis compañeros me escuchan con atención, incluso Carmen sonrío al oír mis comentarios.

—La mujer enlutada iba escoltada por tres personas, que según supimos luego eran socios y amigos de su esposo fallecido.

Carmen asiente, silenciosa, mientras come.

—¿Qué fue de ellos? —le pregunto.

—Hace mucho que no sé nada. Estuvieron a mi lado un tiempo, el que tardaron en darse cuenta de que no había herencia ni nada parecido. Supongo que la vida es difícil para todos y estarán volcados en sus propios problemas.

—Para los viejos nadie tiene tiempo. La vida ha cogido un ritmo que hace imposible la charla y el acompañamiento de las personas mayores, a veces solo pequeños momentos imperceptibles, como un suspiro de la vida en el que algún familiar te visita diciéndote hola y adiós casi a la vez, disculpándose por la celeridad, echándole la culpa a la vida, al trabajo, a la familia... ¡La familia! Como si tú no formarás parte de ella. La solitaria vida de los mayores es penosa, sobre todo cuando el dinero es escaso, a pesar de que Amparo y yo tenemos la suerte de estar juntos.

»Como iba diciendo, me pareciste orgullosa y digna. El mal trago que estabas pasando era patente en tus ojeras y tu rictus triste y afligido, pero pensé que la muerte

no había logrado doblegarte y que caminabas provocándola. ¡Nos diste pena! Tu soledad en un trance tan delicado nos llegó al alma y nos metimos al funeral, colocándonos detrás de ti.

—Tu sensiblería desmesurada me arrastró contigo —añade Amparo.

—Cuando acabó la ceremonia me distéis el pésame— recuerda Carmen.

—Y sonreíste afectuosa. A veces el agradecimiento a una buena obra es tan sencillo como aquella sonrisa. Simplemente nos presentamos y mostramos nuestras condolencias por la pérdida de tu marido. La situación de soledad en que te vimos nos llegó muy hondo. Nos miraste largamente. Sabías que no nos conocías de nada, pero enarcaste las cejas, como si de repente te hubieras dado cuenta de quiénes éramos, y agradeciste efusivamente nuestra presencia.

—Sabía que eras creyente, pero no pensé que tanto —afirma Amparo.

—No soy tan creyente como tú piensas, pero admiro a las personas que ayudan a los demás, de hecho mi propósito en la vida es intentar ser recordado como una buena persona, no hay ningún otro objetivo que merezca más la pena; y eso, ser buena persona, no tiene nada que ver con las creencias de cada uno. Repudio a los meapilas, hipócritas y santurrones. Solo la bondad traducida en apoyo a los demás marca las diferencias.

—En eso estamos de acuerdo —interviene Carmen—. Creo que lo estás consiguiendo.

—Yo también lo creo —añade Alí.

—Yo estoy de acuerdo con Amparo. ¡Eres un sentimental! —agrega Julián—. A veces me parece que vives en otro mundo distinto. Tu manera de encarar la vida, tu optimismo desaforado hasta en los peores momentos me trastorna, me confunde, incluso a veces me irrita.

—Cuando comencé a venir por aquí surgió una buena amistad —puntualiza Carmen.

—Lo recuerdo, entraste cabizbaja y te sentaste en una mesa distante de la nuestra. Estaba lejano el orgullo con el que te habíamos visto en la iglesia el día del funeral, pero tu semblante seguía estando triste y ojeroso. Me acerqué y te saludé. Te acordaste de nosotros y volviste a obsequiarme con esa sonrisa tan bella que tienes y que es tan difícil de conseguir. Tu cara cambió de expresión y cuando te dije que vinieras a nuestra mesa no lo dudaste ni un instante. Te presenté a nuestros amigos y me pareció verte recuperar la dignidad. Fue a partir de entonces cuando empezaste a venir

después de comer a casa, atraída por nuestra biblioteca y nuestra compañía. Charlábamos sobre libros y pasábamos horas leyendo y hablando. Mi enorme librería, atesorada a lo largo de mis años de librero, es mi orgullo y pasión.

—Tú y tus libros —suspira Amparo.

—¿Nos permitieron ganarnos la vida!

—Sí, pero ahora no hacen más que ocupar sitio y generar polvo.

—No digas eso, sabes perfectamente que todavía nos siguen prestando ayuda.

Hemos acabado de comer y lentamente nos dirigimos a casa, Amparo, Carmen y yo. La tarde la empleamos en leer y escribir. Amparo y Carmen prefieren leer y yo escribo en mi pequeño despacho una novela interminable que quiero acabar antes de morir. La llevo muy adelantada, pero me agobia mucho no poder terminarla, es una carrera contra el reloj. Según me he ido haciendo mayor cada vez me angustia más que sea una obra inacabada. Los mayores nos podemos morir en cualquier momento, antes me daba igual, creía que ya lo tenía todo hecho y cumplido, pero desde que me puse a escribir deseo con todas mis fuerzas concluir esta narración, creo que después ya no escribiré más. Hay autores que escriben compulsivamente, un libro tras otro, como si la tarea que se imponen les preservara de la muerte. Yo en cambio, he puesto todo mi afán en esta obra, es la novela de mi vida, como esos escritores famosos que solo escribieron una.

Tiempo atrás nos habíamos impuesto la obligación de escoger un libro cada día. Desde la mañana a la tarde meditábamos cual debía ser la obra elegida. ¿Miguel Delibes, Eduardo Mendoza, Antonio Muñoz Molina, José Luis Sampedro, Carlos Ruiz Zafón o Arturo Pérez Reverte? La duda me ofendía terriblemente. La jornada iba transcurriendo lentamente mientras esperábamos a los últimos momentos para tomar la angustiada decisión y pasar el libro a la estantería de los libros indultados.

A mi edad les pedí a mis libros un último favor. Durante años me ayudaron a vivir, a reflexionar, meditar y madurar, me dieron alegrías y tristezas y me brindaron aventuras y desdichas. Ahora, al final de sus vidas y la mía, espero de ellos un postrero sacrificio.

Apoyado en mi viejo bastón, todos los días, recorro el camino de vuelta evocando mi juventud y meditando sobre el escritor que debemos seleccionar, ¿Borges, Dickens, Benito Pérez Galdós, Manuel Vázquez Montalbán, Federico García Lorca, Antonio Machado? Solo de pensarlo siento un escalofrío y me tiemblan las manos.

Una tarde de las que volvíamos a casa encontramos tirada, abandonada, una estufa de madera y carbón que alguien había desechado en alguna reforma. Regina cree que ponemos la calefacción de gas, pero no hay dinero para pagarla, así que la de leña nos viene de maravilla.

Hemos llegado a casa y la tarde va pasando entre música, conversación y libros, lentamente, al ritmo que tenemos los viejos, saboreando cada instante, cada párrafo, cada melodía, cada palabra. He logrado terminar la novela. Se titula “El viejo librero”. Casi no me lo creo. Estoy seguro de que el ambiente tan agradable que hemos logrado generar me ha permitido rematarla. Hace frío, el crepúsculo anuncia la noche y ya no podemos dilatar más la elección del libro. Me dirijo a la librería pensando en el ejemplar que debemos escoger. Ya hemos llegado a un consenso.

La temperatura va bajando cada vez más y a pesar de que nos abrigamos es difícil de aguantar. Muchos días nos metemos en la cama a dormir y así combatimos el frío; otros, como hoy, alimentamos la estufa con los libros de nuestra biblioteca. Al principio nos costó mucho empezar a incinerarlos, pero luego nos dimos cuenta de que era el último beneficio que nos iban a prestar. Nos ayudan a calentarnos, a sobrevivir, en una suprema alianza con el lector. Nuestra expiación por ello es tener que decidir cuál será el que salvamos, solo uno cada día. Hemos ido quemando desde los menos importantes hasta los que más apreciamos y ahora, cuando solo van quedando los mejores, la decisión se torna angustiada. Miro la diezmada biblioteca con nostalgias de juventud, cuando todo estaba por leer. Me fijo en la estantería de los libros indultados, menos de los que hubiera querido, y siento un estremecimiento al pensar que también a ellos les llegará la hora sin tardar mucho.

Desde una discreta esquina, Amparo y yo observamos la sala en la que estamos. Allí han llegado Julián, Jesús y Alí, Carlos y su mujer, Regina y un montón de conocidos y vecinos con cara compungida.

—Tengo la impresión —le digo a Amparo— de que hablan de nosotros.

—Tampoco me extrañaría mucho, después de la que organizaste —me contesta—. ¡A quien se le ocurre añadir gasolina!

—Los libros se resistieron y no se quemaban. Otras veces me había pasado y la solución fue fácil. Cuando me quise dar cuenta estaba todo ardiendo.

—Querido, aquel no fue tu mejor día —refunfuña Amparo.

—¡Mira!, Carmen está hablando con un hombre, escucha lo que le dice: «*Son buenas personas*». Carmen nos quiere mucho.

—Cariño, lamento decirte que está hablando con su marido de lo que deduzco que ella murió con nosotros, cuando se quemó la biblioteca y la casa.